

ÍNDICE

Prefacio: Nuestro Primer Obispo Estadounidense ix

Abreviaturas xiii

Introducción xv

Primera Parte. El Credo: La Fe Profesada

Capítulo 1. Mi Alma Te Busca a Ti, Dios Mío (Sal 41:2) 3

Capítulo 2. Dios Sale a Nuestro Encuentro 13

Capítulo 3. Vayan por Todo el Mundo y Prediquen el
Evangelio a Toda Creatura (Mc 16:15) 23

Capítulo 4. Hacer Brotar la Obediencia de la Fe 37

Capítulo 5. Creo en Dios 53

Capítulo 6. El Hombre y la Mujer en un Principio 71

Capítulo 7. La Buena Nueva: Dios Ha Enviado a Su Hijo. 83

Capítulo 8. Los Acontecimientos Salvíficos de la Muerte
y Resurrección de Cristo 95

Capítulo 9. Reciban el Espíritu Santo (Jn 20:22) 109

Capítulo 10. La Iglesia: Reflejando la Luz de Cristo 121

Capítulo 11. Los Cuatro Atributos de la Iglesia 135

Capítulo 12. María: La Primera y Más Eminente
Miembro de la Iglesia 151

Capítulo 13. Nuestro Destino Eterno 161

Segunda Parte. Los Sacramentos: La Fe Celebrada

Capítulo 14. La Celebración del Misterio Pascual de Cristo 177

Capítulo 15. El Bautismo: Hacerse Cristiano 193

Capítulo 16. La Confirmación: Consagrados para la Misión 213

Capítulo 17. La Eucaristía: Fuente y Cumbre de la Vida Cristiana	225
Capítulo 18. El Sacramento de la Penitencia y de la Reconciliación: Dios Es Rico en Misericordia	247
Capítulo 19. La Unción de los Enfermos y de los Moribundos	265
Capítulo 20. El Sacramento del Orden	277
Capítulo 21. El Sacramento del Matrimonio	293
Capítulo 22. Sacramentales y Devociones Populares	311

Tercera Parte. La Moralidad Cristiana: La Fe Viva

Capítulo 23. La Vida en Cristo — Primera Parte	325
Capítulo 24. La Vida en Cristo — Segunda Parte	343
Capítulo 25. El Primer Mandamiento: Cree en el Dios Verdadero	361
Capítulo 26. El Segundo Mandamiento: Respeta el Nombre de Dios	373
Capítulo 27. El Tercer Mandamiento: Ama el Día del Señor	383
Capítulo 28. El Cuarto Mandamiento: Fortalece Tu Familia	395
Capítulo 29. El Quinto Mandamiento: Promueve la Cultura de la Vida	409
Capítulo 30. El Sexto Mandamiento: La Fidelidad Matrimonial	427
Capítulo 31. El Séptimo Mandamiento: No Robes — Actúa con Justicia	443
Capítulo 32. El Octavo Mandamiento: Di la Verdad	457
Capítulo 33. El Noveno Mandamiento: Practica la Pureza de Corazón	469
Capítulo 34. El Décimo Mandamiento: Abraza la Pobreza de Espíritu	477



Cuarta Parte. La Oración: La Fe Orada

Capítulo 35. Dios Nos Llama a Orar	493
Capítulo 36. Jesús Nos Enseñó a Rezar.....	515

Conclusión y Apéndices

Conclusión: Una Fuente de Significado y Esperanza	533
Apéndice A. Glosario	537
Apéndice B. Oraciones Tradicionales Católicas	567
Apéndice C. Bibliografía	577

Reconocimientos	580
------------------------------	------------

Índice Bíblico	583
-----------------------------	------------

Índice General	589
-----------------------------	------------

Dado en la sede de la Conferencia para el Clero
 26 de noviembre de 2005
 Pontificia de Nueva York
 Cardinal Darío Castrillon Hoyos
 Prefecto
 Secretario
 Secretario

23 LA VIDA EN CRISTO — PRIMERA PARTE

LOS CIMIENTOS DE LA VIDA MORAL CRISTIANA
—CIC, NOS. 1691-2082

JESÚS EL MAESTRO



A Jesús lo llamaban frecuentemente maestro (en hebreo, Rabino). Jesús enseñó sobre Dios como su Padre y como Padre de todos los seres humanos. Enseñó sobre la misericordia y el perdón de Dios. Enseñó sobre el Reino que su Padre estaba estableciendo, un Reino donde la justicia y el amor conquistan la injusticia y el odio. Enseñó sobre sí mismo como el Siervo de Dios, enviado por el Padre para provocar la conversión, incluso mediante el sacrificio de su propia vida.

Jesús también enseñó a sus discípulos como tendrían que vivir para alcanzar la plenitud de la vida y de la felicidad, lo cual es el deseo de Dios para todas las gentes. Hizo esto mediante su propia forma de vivir y con sus palabras. Su enseñanza brotó de la tradición del antiguo Israel, pero él también ahondó en esta y la perfeccionó. Una buena ilustración de esto es su diálogo con un joven, narrado en el Evangelio de San Mateo.

En aquel tiempo, se acercó a Jesús un joven y le preguntó: "Maestro, ¿Qué cosas buenas tengo que hacer para conseguir la vida eterna?" Le respondió Jesús: "¿Por qué me preguntas a mí a cerca de lo bueno? Uno solo es el bueno, Dios. Pero, si quieres entrar en la vida, cumple los mandamientos". El replicó: "¿Cuáles?" Jesús le dijo: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, ama a tu prójimo como a ti mismo. Le dijo entonces el joven: "Todo eso lo he cumplido desde mi niñez, ¿Qué más me falta?" Jesús le dijo: "Si

quieres ser perfecto, ve a vender todo lo que tienes, dales el dinero a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; luego ven y sígueme". Al oír estas palabras, el joven se fue entristecido, porque era muy rico. (Mt 19:16-22)

En este diálogo, Jesús reitera la importancia fundamental de los Diez Mandamientos para una vida moral. Y va más allá de estos y llama a un rechazo radical de los bienes materiales y a su distribución entre los pobres. Jesús mismo vivió como un pobre. Alcanzar la plenitud de la vida y de la felicidad requiere actitudes y virtudes fundamentales, tales como la que Jesús recomienda al joven y a otros a quienes Jesús enseñó a lo largo de su ministerio público, que permiten guardar los Mandamientos.

Estas actitudes y virtudes fueron proclamadas por Jesús en su Sermón de la Montaña.

Dichosos los pobres de espíritu,
porque de ellos es el Reino de los cielos.

Dichosos los que lloran,
porque serán consolados.

Dichosos los sufridos,
porque heredarán la tierra.

Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia,
porque serán saciados.

Dichosos los misericordiosos,
porque obtendrán misericordia.

Dichosos los limpios de corazón,
porque verán a Dios.

Dichosos los que trabajan por la paz,
porque se les llamará hijos de Dios.

Dichosos los perseguidos por causa de la justicia,
porque de ellos es el Reino de los cielos.

Dichosos serán ustedes cuando los injurien, los persigan y digan cosas falsas de ustedes por causa mía.

Alégrense y salten de contento, porque su premio será grande en los cielos. (Mt 5:3-12)

Estas son las Bienaventuranzas. La palabra Bienaventuranza se refiere a un estado de gran prosperidad y alegría. Estas Bienaventuranzas las

enseñó Jesús como las bases para una vida de auténtico discípulo cristiano y para alcanzar la máxima felicidad. Ellas dan espíritu a la Ley de los Diez Mandamientos y llevan la vida moral a la perfección. Ese espíritu es finalmente el espíritu del amor. Respondiendo a una pregunta de un líder del pueblo, Jesús enseñó que el amor es la esencia de toda ley.

Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón,
 con toda tu alma y con toda tu mente.
 Este es el más grande y el primero de los mandamientos.
 Y el segundo es semejante a éste:
 Amarás a tu prójimo como a ti mismo. (Mt 22:37-39)

Jesús es el maestro enviado por el Padre para llevarnos a la perfecta felicidad en Dios. Jesús nos enseña el camino al Padre.



LA VIDA EN CRISTO — PRIMERA PARTE: LOS CIMIENTOS DE LA MORALIDAD CRISTIANA

La Primera Parte del *Catecismo de la Iglesia Católica* presenta el Credo —las verdades reveladas del designio divino de la salvación y la invitación a tener fe en esta Revelación.

La Segunda Parte presenta los siete sacramentos a través de los cuales la gracia salvadora de Dios es puesta a nuestra disposición. Recibimos este don del amor divino mediante nuestra participación en los misterios cristianos.

La Tercera Parte explora nuestra vida en Cristo y en el Espíritu Santo, la cual hemos recibido por medio de la Revelación y los sacramentos. Expone las diferentes formas en las que respondemos al amor divino mediante nuestro comportamiento personal y moral.

En la primera sección de la Tercera Parte, el *Catecismo* explora los diferentes elementos, principios y bases de la moralidad cristiana atendiendo a la dignidad de la persona humana, la comunidad humana y la salvación de Dios mediante la ley y gracia de Dios. En la

segunda sección, el *Catecismo* aplica estos principios a cada uno de los Diez Mandamientos.

Nosotros seguiremos este mismo orden, empezando en este capítulo con quiénes somos como seres humanos llamados a vivir una vida moral.

SOMOS SERES MORALES: ELEMENTOS FUNDAMENTALES DE LA MORALIDAD CRISTIANA

Creados a Imagen de Dios

El principio más fundamental de la vida moral cristiana es el ser conscientes de que cada persona tiene la dignidad de haber sido creada a imagen de Dios. Él nos ha dado un alma inmortal y mediante los dones de la inteligencia y la razón nos ha hecho capaces de comprender el orden de las cosas establecido en su creación. Dios también nos ha dado la libertad para buscar y amar aquello que es verdadero, bueno y bello. Tristemente, a causa de la Caída, también sufrimos el efecto del Pecado Original, el cual oscurece nuestras mentes, debilita nuestra voluntad y nos inclina hacia el pecado. El Bautismo nos libera del Pecado Original pero no de sus efectos, especialmente la inclinación hacia el pecado, la concupiscencia. En nuestro interior, entonces, existen tanto una poderosa inclinación hacia el bien porque hemos sido creados a imagen de Dios, como unos siniestros impulsos hacia el mal a causa del Pecado Original.

Pero siempre deberíamos recordar que la muerte y Resurrección de Cristo nos ofrece una nueva vida en el Espíritu, cuya gracia salvadora nos libera del pecado y cura el daño causado en nosotros por el pecado. Por esto hablamos del valor, la dignidad y finalidad de la vida humana, incluso con sus imperfecciones y dificultades. La vida humana, como una profunda unidad de las dimensiones física y espiritual, es sagrada. Es distinta de todas las demás formas de vida, ya que ella sola está marcada con la imagen misma de su Creador.

El Ejercicio Responsable de la Libertad

El segundo elemento de la vida en Cristo es el ejercicio responsable de la libertad. Sin libertad, no podemos hablar de la moralidad o de la responsabilidad moral de forma que tenga sentido. La libertad humana es más que una capacidad para elegir entre una cosa y la otra. Es el poder concedido por Dios para convertirnos en quienes Él nos creó para que fuésemos y así compartir la unión eterna con Él. Esto sucede cuando elegimos consistentemente lo que está en armonía con el designio de Dios. La moralidad cristiana y la ley de Dios no son arbitrarias, sino que nos han sido dadas específicamente para nuestra felicidad. Dios nos dio inteligencia y la capacidad para obrar libremente. En última instancia, la libertad humana radica en nuestra libre decisión de decir “sí” a Dios. En contraste, hoy mucha gente entiende la libertad humana simplemente como la habilidad de tomar una decisión, sin ninguna norma objetiva o bien como fin.

Una tendencia opuesta a la que hace del acto de elegir el núcleo de la libertad humana es aquella que niega que seamos libres en absoluto. Algunas personas creen que debido a fuerzas exteriores, compulsiones internas, presiones sociales, experiencias infantiles o nuestra estructura genética, nuestro comportamiento está ya determinado y que no somos verdaderamente libres. Aunque reconocemos que “la imputabilidad o la responsabilidad de una acción puede quedar disminuida o incluso anulada por la ignorancia, la violencia, el temor y otros factores psíquicos o sociales” (CIC, no. 1746), normalmente seguimos siendo libres y responsables de nuestras acciones. Nuestra libertad puede estar limitada pero aún así es real.

La mejor forma de crecer en libertad es realizando actos bondadosos. Los actos buenos nos ayudan a hacernos libres y a desarrollar buenos hábitos. Las malas acciones nos llevan a la pérdida de libertad. El pecado nos hace esclavos del mal y reduce nuestra capacidad de ser libres. La libertad proviene de ser morales. La esclavitud al pecado surge de ser inmorales.

El Entendimiento de Actos Morales

Otra base importante de la moralidad cristiana es el entendimiento del acto moral. Cada acto moral consta de tres elementos: el acto objetivo (lo que hacemos), el fin o intención subjetiva (por qué realizamos el acto) y las situaciones y circunstancias concretas en las cuales realizamos el acto (dónde, cuándo, cómo, con quién, las consecuencias, etc.).

Para que un acto individual sea moralmente bueno, el objeto, o lo que estamos haciendo, debe ser objetivamente bueno. Algunos actos, dejando aparte la intención o razón por la que los realizamos, son siempre malos porque van en contra de un bien humano fundamental o básico que nunca debe ser comprometido. Matar directamente a un inocente, la tortura y la violación son ejemplos de actos que son siempre actos malos. Nos referimos a tales actos como actos intrínsecamente malos o desordenados, lo que quiere decir que son malos de por sí, sin tener en cuenta la razón por las que se realizan o las circunstancias que los rodean.

La meta, fin o intención es la parte del acto moral que se encuentra en el interior de la persona. Por esta razón, decimos que la intención es el elemento subjetivo del acto moral. Para que un acto sea moralmente bueno, la intención de la persona debe ser buena. Si estamos motivados a hacer algo por una mala intención—incluso algo que es objetivamente bueno—nuestra acción es moralmente mala. También hay que reconocer que una buena intención no puede hacer buena una acción mala (algo que es intrínsecamente malo). Nunca podemos hacer algo erróneo o malo para poder traer el bien. Esto es lo que quiere decir el dicho “el fin no justifica los medios” (cf. CIC, nos. 1749-1761).

Las circunstancias y consecuencias del acto forman el tercer elemento de la acción moral. Estas son secundarias en la evaluación de un acto moral ya que contribuyen a incrementar o disminuir la bondad o maldad del acto. Además, las circunstancias pueden afectar la responsabilidad moral personal de uno por el acto. Los tres aspectos deben ser buenos—el acto objetivo, la intención subjetiva y las circunstancias—para que el acto sea moralmente bueno.

Esta enseñanza, que reconoce tanto la dimensión objetiva de la moralidad así como la subjetiva, a menudo está en conflicto con una

perspectiva que ve a la moralidad como una realidad completamente personal o simplemente subjetiva. En esta perspectiva, que tienen algunas personas en nuestra cultura, no existen normas objetivas capaces de demandarnos nuestra conformidad moral. Tal negación de un orden moral objetivo e inmutable establecido por Dios resulta en una visión de la moralidad y de las normas morales como si fueran una cuestión de opinión personal o como algo establecido solo mediante el consentimiento de los miembros individuales de la sociedad.

La Realidad del Pecado y la Confianza en la Misericordia de Dios

No podemos hablar ni de la vida en Cristo ni de la vida moral sin reconocer la realidad del pecado, de nuestra propia pecaminosidad y de nuestra necesidad de la misericordia de Dios. Cuando se niega la existencia del pecado, esto puede resultar en un daño espiritual y psicológico porque es esencialmente una negación de la verdad de nosotros mismos. Admitir la realidad del pecado nos ayuda a ser sinceros y a abrirnos a la curación que proviene de la obra redentora de Cristo.

El pecado es una falta contra la razón, la verdad, la conciencia recta; es faltar al amor verdadero para con Dios y para con el prójimo, a causa de un apego perverso a ciertos bienes. Hierde la naturaleza del hombre y atenta contra la solidaridad humana. Ha sido definido como “una palabra, un acto o un deseo contrarios a la ley eterna”. (CIC, no. 1849, citando San Agustín, *Contra Faustum*, no. 22)

Así, por su propia definición, se entiende el pecado como una ofensa contra Dios, así como contra el prójimo, y por tanto es malo. Los pecados son evaluados según su gravedad o seriedad. Cometemos pecado mortal cuando consciente y libremente elegimos hacer algo grave contra la ley divina y contrario a nuestro destino final.

Existen tres condiciones para que un pecado sea un pecado mortal: materia grave, pleno conocimiento y deliberado consentimiento (libertad). El pecado mortal destruye la relación de amor con Dios que

necesitamos para la felicidad eterna. Si no es arrepentido, resulta en la pérdida del amor y de la gracia de Dios y merece el castigo eterno del infierno, es decir, la exclusión del Reino de Dios y por tanto la muerte eterna.

Un pecado venial es un alejamiento del orden moral en una materia menos seria. "Toda mala acción es pecado, pero hay pecados que no llevan a la muerte" (1 Jn 5:17). Aunque el pecado venial no destruye completamente el amor que necesitamos para la felicidad eterna, sí debilita ese amor e impide nuestro progreso en la práctica de la virtud y del bien moral. Es por esto que, con el paso del tiempo, puede tener serias consecuencias. "El pecado venial deliberado y que permanece sin arrepentimiento, nos dispone poco a poco a cometer el pecado mortal" (CIC, no. 1863).

Al reflexionar sobre el pecado siempre debemos recordar que Dios es rico en misericordia. "Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (Rm 5:20). La misericordia de Dios es mayor que el pecado. El mero núcleo del Evangelio es la revelación de la misericordia de Dios en Jesucristo. "Porque Dios no envió a su Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salvara por él" (Jn 3:17).

Para recibir esta misericordia, tenemos que estar dispuestos a admitir nuestra pecaminosidad. El dolor por los pecados y la confesión de los pecados son signos de la conversión del corazón que nos abre a la misericordia de Dios. Aunque podemos juzgar ciertas ofensas de ser ocasiones de pecado mortal, y por tanto un acto de maldad objetivo, siempre debemos confiar el juicio de la persona a la misericordia y justicia de Dios. Esto es así porque una persona no puede saber la magnitud del conocimiento y la libertad de otra persona, los cuales son factores integrales al determinar cuándo una ocasión de pecado mortal se convierte en un pecado en sí por el que somos moralmente responsables.

La Formación de la Conciencia

La formación de una buena conciencia es otro elemento fundamental de la enseñanza moral cristiana. "La conciencia moral es un juicio de la razón por el que la persona humana reconoce la calidad moral de un acto concreto" (CIC, no. 1796). "Porque el hombre tiene una ley escrita

por Dios en su corazón [...] La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre” (GS, no. 16).

La conciencia representa tanto la habilidad general que tenemos como seres humanos para saber lo que es bueno y correcto así como los juicios específicos que formulamos en situaciones concretas que conciernen lo que deberíamos hacer o lo que deberíamos haber hecho. Las decisiones morales nos enfrentan con la decisión de seguir o alejarnos de la razón y de la ley divina. Una conciencia bien formada formula juicios que se conforman a la razón y al bien que es deseado por la Sabiduría de Dios. Una conciencia bien formada requiere una formación de por vida. Cada seguidor de Cristo bautizado está obligado a formar su conciencia según criterios morales objetivos. La Palabra de Dios es la principal herramienta en la formación de la conciencia cuando aquella es asimilada con el estudio, la oración y la práctica. El consejo prudente y el buen ejemplo de otras personas apoyan e iluminan nuestra conciencia. La enseñanza autorizada de la Iglesia es un elemento esencial en la formación de nuestra conciencia. Finalmente, los dones del Espíritu Santo, junto con el examen habitual de nuestra conciencia, nos ayudarán a desarrollar una conciencia moralmente sensible.

Ya que nuestra conciencia es ese sagrario interior en el que escuchamos la voz de Dios, debemos acordarnos de distinguir entre nuestra subjetividad y lo que es objetivamente verdadero fuera de nosotros mismos. Podemos estar subjetivamente equivocados acerca de algo que es objetivamente verdadero. A nivel objetivo, si nuestra conciencia es “recta”, entonces no hay error entre lo que es percibido internamente como verdadero y la verdad misma. Si hay una conciencia errónea, eso quiere decir que la conciencia está equivocada en su percepción de la verdad.

A nivel objetivo podemos tener una conciencia “cierta”, lo que significa que creemos que nuestra conciencia está conforme con lo que es objetivamente verdadero. Una persona puede tener una conciencia “cierta” a nivel subjetivo pero una conciencia “errónea” a nivel objetivo. Por ejemplo, una persona piensa que el Miércoles de Ceniza es un día de precepto y decide de todas formas no ir a Misa. La persona piensa que es un día de precepto (subjetivamente cierto pero objetivamente erróneo) y

actúa al respecto. Esta persona tiene una conciencia cierta pero errónea. Pero como la conciencia actuó en contra de lo que percibió como algo objetivamente bueno, la conciencia elige pecar.

Existen algunas reglas a seguir al obedecer la conciencia de uno. Primero, siempre sigue una conciencia cierta. Segundo, una conciencia errónea debe ser cambiada si es posible. Tercero, no actúes con una conciencia dudosa. Siempre debemos obedecer los juicios ciertos de nuestra conciencia, sabiendo que nuestra conciencia puede estar equivocada, que puede cometer un error respecto a lo que es verdaderamente bueno o lo que es correcto hacer. Esto puede suceder a causa de la ignorancia por la cual, sin ser culpa nuestra, no teníamos todo lo que necesitábamos para formular un juicio correcto.

Sin embargo, también tenemos que reconocer que la ignorancia y los errores no están siempre libres de culpabilidad, por ejemplo, cuando no buscamos seriamente lo que necesitábamos para formar nuestra conciencia correctamente. Ya que tenemos la obligación de obedecer a nuestra conciencia, también tenemos la gran responsabilidad de ver que es formada de tal manera que refleje el verdadero bien moral.

La fidelidad a esta conciencia une a los cristianos con los demás hombres para buscar la verdad y resolver con acierto los numerosos problemas morales que se presentan al individuo y a la sociedad. Cuanto mayor es el predominio de la recta conciencia, tanta mayor seguridad tienen las personas y las sociedades para apartarse del ciego capricho y para someterse a las normas objetivas de la moralidad. (GS, no. 16)

La Excelencia de las Virtudes

La vida moral cristiana es una que busca cultivar y practicar la virtud. "La virtud es una disposición habitual y firme a hacer el bien. Permite a la persona no sólo realizar actos buenos, sino dar lo mejor de sí misma" (CIC, no. 1803). Una vida moral efectiva requiere la práctica tanto de las virtudes humanas como las teologales.

Las virtudes humanas forman el alma con los hábitos del entendimiento y de la voluntad que soportan al comportamiento moral.

controlan las pasiones y evitan el pecado. Las virtudes guían nuestra conducta según los dictados de la fe y la razón, llevándonos hacia la libertad basada en el autocontrol y hacia la alegría de vivir una buena vida moral. La compasión, la responsabilidad, el sentido del deber, la autodisciplina y la moderación, la honestidad, la lealtad, la amistad, la valentía y la persistencia son algunos ejemplos de virtudes deseadas para mantener una vida moral. Históricamente, agrupamos las virtudes humanas entorno a lo que llamamos las Virtudes Cardinales. Este término proviene de la palabra latina *cardo*, que significa “bisagra”. Todas las virtudes están relacionadas o unidas (como con una bisagra [n.d.t.]) a una de las Virtudes Cardinales. Las cuatro Virtudes Cardinales son prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

Existen diferentes maneras mediante las cuales adquirimos virtudes humanas. Se adquieren mediante la repetición frecuente de actos virtuosos que establecen un modelo de comportamiento virtuoso. Existe una relación recíproca entre virtud y acto porque la virtud, como realidad interna, nos predispone a actuar externamente de maneras moralmente buenas. Sin embargo, es realizando actos buenos concretos que la virtud dentro de nosotros se fortalece y crece.

Las virtudes humanas también se adquieren viéndolas en el buen ejemplo de otras personas y educándonos respecto a su valor y los métodos para adquirirlas. Historias que nos inspiran a querer tales virtudes contribuyen a su crecimiento dentro de nosotros. Se adquieren por medio de una fuerte voluntad decidida a alcanzar tales ideales. Además, se nos ofrece la gracia de Dios para purificar y fortalecer nuestras virtudes humanas, ya que nuestro desarrollo en la virtud puede ser obstruido por la realidad del pecado. Especialmente mediante la oración y los sacramentos, nos abrimos a los dones del Espíritu Santo y a la gracia de Dios como otra forma en la que crecemos en virtud.

Las Virtudes Teologales de la fe, esperanza y caridad (amor) son aquellas virtudes que se refieren directamente a Dios. No se adquieren mediante ningún logro humano sino que, comenzando con el Bautismo, se nos otorgan como dones de Dios. Nos disponen a vivir en relación con la Santísima Trinidad. La fe, la esperanza y la caridad influyen en las virtudes humanas incrementando su estabilidad y fortaleza para nuestras vidas.

DEL CATECISMO

1. ¿Cómo hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios?

En Cristo, "imagen del Dios invisible" (Col 1:15; cf. 2 Co 4:4), el hombre ha sido creado "a imagen y semejanza" del Creador [...] En virtud de su alma y de sus potencias espirituales de entendimiento y de voluntad, el hombre está dotado de libertad, "signo eminente de la imagen divina" (GS 17). (CIC, nos. 1701, 1705)

2. ¿Qué es la libertad?

La libertad es el poder de obrar o de no obrar y de ejecutar así, por sí mismo, acciones deliberadas. La libertad alcanza su perfección, cuando está ordenada a Dios, el supremo Bien [...] El derecho al ejercicio de la libertad, especialmente en materia religiosa y moral, es una exigencia inseparable de la dignidad del hombre. Pero el ejercicio de la libertad no implica el pretendido derecho de decir o de hacer cualquier cosa. (CIC, nos. 1744, 1747)

3. ¿Qué son las virtudes?

La virtud es una disposición habitual y firme para hacer el bien [...]. Las virtudes humanas son disposiciones estables del entendimiento y de la voluntad que regulan nuestros actos, ordenan nuestras pasiones y guían nuestra conducta según la razón y la fe. Pueden agruparse en torno a cuatro virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza [...] Las virtudes teologales son tres: la fe, la esperanza y la caridad. Informan y vivifican todas las virtudes morales. (CIC, nos. 1833, 1834, 1841)

Cada uno de los Diez Mandamientos prohíbe ciertos pecados, pero también apunta a virtudes que nos ayudarán a evitar tales pecados. Virtudes como la generosidad, la pobreza de espíritu, la gentileza, la

pureza de corazón, la templanza y la fortaleza nos ayudan a vencer y evitar lo que se llaman los siete Pecados Capitales —soberbia, avaricia, envidia, ira, lujuria, gula y pereza— los cuales son aquellos pecados que originan los otros pecados y vicios.

Creer en virtud es una meta importante para cada cristiano, ya que las virtudes juegan un valioso papel al vivir la vida moral cristiana.

AMOR, NORMAS Y GRACIA

Nuestra cultura frecuentemente exalta la autonomía individual sobre la comunidad y la tradición. Esto puede llevar a sospechar de las reglas y normas que provienen de una tradición. Esto también puede ser la causa de una crítica saludable de un legalismo que puede surgir de concentrarse en reglas y normas.

Los defensores de la moralidad cristiana a veces pueden caer en un legalismo que los lleva a moralizar infructuosamente. No hay duda alguna que el amor tiene que ser la base esencial de la vida moral. Pero igual de esencial en este reino terrenal son las normas y leyes que muestran como el amor puede ser aplicado a la vida real. En el cielo, solamente el amor será suficiente. En este mundo, necesitamos la orientación moral de los Mandamientos, del Sermón de la Montaña, de los Cinco Mandamientos de la Iglesia y de otras normas para ver como actúa el amor.

El amor por sí solo, alejado de una dirección moral, puede descender fácilmente a un sentimentalismo que nos pone a la merced de nuestros sentimientos. La industria del entretenimiento popular romantiza el amor y tiende a omitir las difíciles demandas del orden moral.

En nuestra cultura permisiva, se romantiza tanto al amor que es separado del sacrificio. A causa de esto, no se pueden afrontar elecciones morales difíciles. La ausencia del amor sacrificial condena la posibilidad de una vida moral auténtica.

Bíblica y teológicamente, la vida moral cristiana comienza con una relación amorosa con Dios, un amor de la alianza que es posible por el sacrificio de Cristo. Los Mandamientos y otras reglas morales se nos dan como formas de proteger los valores que promueven el amor de Dios y de los demás. Nos dan maneras de expresar el amor, a veces prohibiendo aquello que contradice al amor.

La vida moral requiere de la gracia. El *Catecismo* habla de esto en términos de la vida en Cristo y la presencia interior del Espíritu Santo, iluminando activamente nuestra brújula moral y suministrándonos la fortaleza espiritual para hacer lo que es correcto. La gracia que recibimos de Cristo en el Espíritu es tan esencial como el amor y las reglas y, de hecho, hace posible el amor y el obedecer las reglas.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DEBATE

1. ¿Cuál es la fuente del amor necesario para una vida moral? Algunos conceptos actuales de la palabra *amor* se refieren a comportamientos que de hecho son contrarios al verdadero significado del amor. ¿Cuáles son algunos ejemplos de esto?
2. ¿Por qué necesitamos los Diez Mandamientos, las Bienaventuranzas y otras reglas para ser morales? ¿Qué sucede cuando dependemos sin amor de los Diez Mandamientos y de otras reglas? ¿Puedes nombrar a alguien que sea un modelo porque vive los Diez Mandamientos, las Bienaventuranzas y otras reglas en la vida real de una forma amorosa?
3. ¿Cuáles son las formas o maneras mediante las cuales una persona forma su conciencia? ¿Cuál es la función de la Iglesia en la formación de la conciencia?

ENSEÑANZAS

- Cada persona tiene la dignidad de haber sido creada a imagen de Dios. El creador nos ha dado un alma inmortal y nos ha hecho capaces de comprender el orden de las cosas establecido por Él. Dios nos ha dado la libertad para buscar y amar aquello que es verdadero, bueno y bello.
- A causa de la Caída, también sufrimos el efecto del Pecado Original, el cual oscurece nuestras mentes, debilita nuestra voluntad y nos inclina hacia el pecado. El Bautismo nos libera del Pecado Original pero no de sus efectos, especialmente la inclinación hacia el pecado, la concupiscencia.

- Jesús nos llama a ser felices y nos muestra como llegar a serlo. El deseo de la felicidad es la principal motivación de la vida moral. Nuestras inclinaciones, actitudes y acciones pecaminosas nos impiden ser totalmente felices en este mundo. En el cielo tendremos el gozo perfecto.
- Dios nos da inteligencia y la capacidad de obrar con libertad. Podemos iniciar y controlar nuestras acciones. Las presiones sociales y los instintos internos pueden afectar nuestras acciones y limitar nuestra libertad. Normalmente somos libres en nuestras acciones.
- “La imputabilidad o la responsabilidad de una acción puede quedar disminuida o incluso anulada por la ignorancia, la violencia, el temor y otros factores psíquicos o sociales” (CIC, no. 1746).
- La mejor forma de tener más libertad es realizando acciones buenas. Las buenas obras nos hacen libres. El camino hacia la pérdida de la libertad es el de las malas acciones. El pecado nos convierte en esclavos del pecado y reduce nuestra capacidad de ser libres.
- Cada acto moral consta de tres elementos: el acto objetivo (lo que hacemos), el fin o intención subjetiva (por qué realizamos el acto) y las situaciones y circunstancias concretas en las cuales realizamos el acto (dónde, cuándo, cómo, con quién, las consecuencias, etc.). Los tres elementos deben de ser buenos para que el acto sea moralmente aceptable.
- Las leyes morales nos ayudan a determinar lo que es bueno y lo que es malo. Algunos actos son siempre malos —es decir, intrínsecamente malos— y nunca se pueden realizar, sin importar la intención o las circunstancias.
- “La conciencia moral es un juicio de la razón por el que la persona humana reconoce la calidad moral de un acto concreto” (CIC, no. 1796).
- Una buena conciencia requiere una formación de por vida. La Palabra de Dios es la principal formadora de la conciencia cuando es asimilada mediante su estudio, oración y práctica. El consejo prudente y el buen ejemplo de otras personas soportan e iluminan nuestras conciencias. La enseñanza autorizada de la Iglesia es un elemento esencial en la formación de nuestra conciencia.

- Una buena conciencia forma juicios que se conforman a la razón y al bien que desea la Sabiduría de Dios.
- “El ser humano debe obedecer siempre el juicio cierto de su conciencia. La conciencia moral puede permanecer en la ignorancia o formar juicios erróneos. Estas ignorancias y estos errores no están siempre exentos de culpabilidad” (CIC, nos. 1800, 1801).
- Una vida moral efectiva demanda la práctica de las Virtudes humanas y teologales. Tales virtudes proporcionan al alma los hábitos del entendimiento y de la voluntad que soportan el comportamiento moral, controlan pasiones y rechazan el pecado.
- Las virtudes guían nuestra conducta según los dictados de la fe y de la razón. Agrupamos estas virtudes en torno a las Virtudes Cardinales de la prudencia, justicia, fortaleza y templanza.
- Nos beneficiaremos altamente al practicar las Virtudes Teologales de la fe, esperanza y caridad. Recibimos estas virtudes de Dios. Se llaman teologales porque nos disponen a vivir en relación con la Santísima Trinidad. La fe, la esperanza y la caridad influyen nuestras virtudes humanas al incrementar su estabilidad y fortaleza para nuestras vidas.

MEDITACIÓN

Jesucristo es el máximo Maestro de la moralidad. De hecho él ratificó los Diez Mandamientos y también indicó que cada uno de los Mandamientos de la Ley y de los Profetas está arraigado en los dos preceptos fundamentales de amar a Dios y amar al prójimo. Aunque el Antiguo Testamento también enseñó a amar a Dios y al prójimo, los preceptos del Señor eran nuevos porque nos enseñó la medida correcta de amar, que incluye amar a los enemigos. Debemos amarnos los unos a los otros “como yo os he amado”, es decir, con una medida de amor jamás vista antes en este mundo. Nos enseñó con sus palabras y con su vida que amar requiere esencialmente la entrega y el sacrificio personal. Nunca debemos deliberadamente hacer el mal para conseguir un objetivo, sea este cual sea.

ORACIÓN

Que el Dios de la paz,
 El que, mediante la sangre de una Alianza eterna,
 Resucitó de entre los muertos
 Al pastor eterno de las ovejas, Jesucristo, nuestro Señor,
 Los enriquezca a ustedes
 Con toda clase de dones para cumplir su voluntad
 Y haga en ustedes todo lo que es de su agrado,
 Por medio de Jesucristo, a quien sea dada la gloria
 Por los siglos de los siglos.
 Amén.

—Hb 13:20-21

Vuelvan a mí —oráculo del Señor de los ejércitos— y yo
 volveré a ustedes.

—Za 1:3